

La luna que quería ser estrella

Mierda, otra vez mordiéndome las uñas. Un hábito poco femenino que tengo desde pequeña. Aparté los dedos de la boca y agarré el reposabrazos, rozando de forma deliberada el brazo de Marcos. ¿Qué le pasaba? Habíamos comprado los asientos de la última final del cine. En vez de ponerme con las demás, me había puesto en el lado de los chicos, justo en la esquina, junto a él. ¿Por qué no hacía nada? Otros se verían frenados por la vergüenza de no estar solos, pero él no: el chico más guarro.

Sus manos eran impacientes tentáculos, largos y viscosos, ¿Entonces? ¿Por qué no me manoseaba? No quería que lo hiciera, era un repelente; esa clase de cosas solo se las permitiría a Julián (el único chico de mi edad que me interesaba), pero él estaba muy lejos, en un autobús con mi hermana camino a un campeonato de vóley. Seguro que se habían sentado juntos, y yo mientras en el cine, en una película que no me interesaba y deseando que aquel asqueroso pretendiera sobarme. Tenía preparada la mano como si de un afilado cuchillo se tratara. Al menor intento le daría un cortante manotazo, como un cocinero japonés cortando pulpo. Con eso bastaría para ponerlo a parir, solo necesitaba una excusa para chismorrear con las demás, para ser el centro de atención.

Pero no hacía nada y la película ya iba por la escena final, cuando el prota, con todo en contra, logra vencer al malo. Otra basura más, otra película predecible, cuánto daño había hecho la estructura del «Viaje del Héroe»... ¿Es que no son capaces de hacer algo diferente? Una por ejemplo en el que sea el malo el que gane.

Cuando terminara, iríamos al Chirros a tomarnos unas hamburguesas y al poco mi madre me buscaría. No había parado de darle vueltas mientras devoraba las palomitas, ni cuando, al acabarlas, seguí con mis uñas. Fue en vano, no se me ocurrió nada a parte de lo de Marcos. A este paso sería un viernes desaprovechado. Era raro quedarme el finde sin Estrella, mi hermana gemela, y tenía que sacarle partido: Destacar, ganar popularidad, que Sandra o incluso Marta me tuvieran más en cuenta, que me incluyeran en los planes, y no enterarme siempre de segundas cuando lo hablaban con Estrella.

Me re Coloqué en el asiento, aprovechando para darle un puntapié a Marcos. Ignoré su queja. Esperaba que le hubiera atinado en el tobillo, se lo merecía, por hacerme perder el tiempo.

¡Qué coño! Al salir del cine tenía siete llamadas perdidas de mi madre. Era un poco histérica, pero ¿¡Siete!?!... Cada vez está peor, a ver si le llega la menopausia y se tranquiliza un poco. Me rezagué del resto. Cuando quité el modo silencio la octava llamada hizo su aparición. El sobresalto me hizo lanzar el móvil hacia delante, pero lo

La luna que quería ser estrella

atrapé en el aire con sorprendente con agilidad ¿Desde cuándo tenía esa rapidez y destreza? Fue como cuando Spider-Man consiguió los poderes.

—Luna, por Dios, por fin... te he llamado mil veces

Ocho... pedazo de lunática...

—¿Dónde estás? Tengo que buscarte —Su voz sonaba extraña, como ronca.

—¿Ya? —Separé el móvil de la oreja para mirar la hora— Si no son ni las diez.

—Tengo que hablar contigo... Dime dónde...

—Ni lo sueñes, nos prometiste que al cumplir los catorce nos dejarías hasta las diez y media.

¿Qué me pasaba? Me sentía rara, como mejorada. No solo por los reflejos, también más perspicaz y despierta, con la confianza de no solo poder combatir intelectualmente con mi quisquillosa madre, sino de ganarle el pulso por primera vez en mi vida. Sería la cafeína de la segunda Coca-Cola, que supiera, no me había picado ninguna araña radiactiva.

—No lo entiendes cariño... tengo que contarte algo...

—¡Qué pesada! ya me lo contarás de camino a casa, cuando sea la hora —Soltó un largo suspiro, como si estuviera agotada —Bueno, te tengo que colgar.

—Espera... Luna... ha pasado... algo malo...

No pudo seguir, la frase se le quebró en un llanto. Ahí fue cuando supe que lo que había ocurrido era gordo, muy GORDO. Siguió entre sollozos, cuando pudo terminar se abandonó a unos gritos casi inhumanos. ¿También hubiera llorado así por mí? No lo creo. Mientras el auricular seguía transmitiendo sus lloriqueos, mi mente estaba en otro lado, pensando en lo que venía. Naturalmente le dije dónde estaba, ya no pasaba nada porque se hubiera acabado la noche, todo había cambiado, ya no tenía prisa.

Durante un tiempo debería aparentar una falsa pena cuando mi interior bullía lo contrario: El corazón me palpitaba con energía renovada, estaba eufórica, optimista... Frente a mí, se había abierto un sinfín de posibilidades, una nueva vida. ¿Qué? No frunzas el ceño de esa forma o te saldrán más arrugas, tampoco te atrevas a juzgarme. No me conoces, no sabes nada de mí, ni de cómo es vivir siempre en la sombra. En ella se está oscuro, hace mucho frío y soledad. ¿Qué vas a saber tú de eso? Por muy bien que te lo explicara, por muchos detalles que te diera, jamás llegarías ni siquiera a saborear el amargor que me ha acompañado de forma permanente.

La luna que quería ser estrella

Si tuviera que volver al inicio, me remontaría a aquel día en la piscina. Tendríamos unos tres años, y Mama, como de costumbre, nos había vestido iguales. El mismo bañador rosa de una sola pieza, conjuntado con un flotador de rosco y unas gafas de sol que se me escurrían por la nariz una y otra vez. Para ella sería gracioso tenernos como dos muñecas idénticas, pero yo lo odiaba, me recordaba mi falta de singularidad. Todos eran únicos menos yo, y lo peor era que me sentía como un sucedáneo, un producto barato de AliExpress, un bolso de imitación teniendo siempre a mi lado al verdadero. ¿Quién se quedaría con la versión china, cuando podías optar a la de calidad?

Ese día Papa nos quitó el rosco para ver si podíamos nadar. Mientras Estrella se mantenía en la luminosa superficie, yo me sumergía en las profundidades. Por mucho que me empeñara en mover las extremidades con fuerza, solo conseguía chapotear y tragar agua antes de hundirme como una roca.

La natación no fue un hecho aislado, desde aquel instante me fui dando cuenta de la gran diferencia entre nosotras. Incluso se volvió evidente para nuestros padres, nuestros maestros y nuestros amigos.

Ella era la que hacía reír a Papa, la que no recibía las riñas de Mama, la primera en acabar la tarea, la buena en los deportes, la favorita de los profes, la popular de clase y la que robaba las miradas de los chicos... ¡Enserio! Si éramos gemelas, ge-me-las. ¿Cómo era posible que solo se fijaran en ella? Me superaba en todo: con nuestros padres, en el insti, con los chicos. La odiaba...

Estrella irradiaba vitalidad y calor. Resplandecía, guiando a nuestros amigos, los cuales, buscaban su validación para todo, haciéndose siempre lo que ella propusiera. Y yo, fría, dura y sin vida como una roca, no podía hacer nada por cambiar la situación. Era mi versión mejorada, el artículo *premium*. ¿Cómo se me iba a acercar Julián, el guapo de clase? Las veces que lo hizo me ilusioné como una tonta hasta que me di cuenta que solo quería sonsacarme cosas de Estrella o para preguntarme si teníamos alguna especie de sexto sentido: Una compenetración especial, una comunicación sin palabras o una conexión única... Estupideces, como si el hecho de haber compartido placenta nos hubiera dado superpoderes.

Abordando el tema del embarazo siempre tendré la duda si no fue ahí cuando comenzó todo. ¿Y si desde nuestra gestación Estrella absorbió las capacidades que me pertenecían? Por eso ella parecía tener el doble de inteligencia, de gracia y de ingenio, mientras yo quedé como un cuerpo sin alma, como un cráter vacío.

La luna que quería ser estrella

Crees que me he dado un golpe en la cabeza, ¿no? Yo también lo pensaría, pero todo parece tan orquestado, como si fuera el capricho de un Dios aburrido. ¿No me crees? Tengo miles de ejemplos, de supuestas «coincidencias» que una tras otra convierten las casualidades en burlonas evidencias. Como por ejemplo nuestros nombres. ¡Qué puto presagio! La Luna brilla por la luz del Sol, ¿no? ¿Y qué es El Sol? Efectivamente, una estrella. Hay que joderse, ¡Nuestros putos nombres nos definían desde el principio! No solo no tengo luz propia, sino que brillo por el reflejo de mi hermana, como si dependiera de ella, como si ante su ausencia me quedara en la absoluta oscuridad.

—¿Qué tal Luna?

Estrella entró en mi habitación y se sentó en mi cama.

—Trabajando —Le dije de mala gana sin levantar la vista del escritorio.

—¿Hacemos algo? Mañana me voy al campeonato y no nos veremos en todo el finde.

Lo sabía... llevaba meses esperándolo.

—Tengo tarea pendiente —Simulé escribir, pegando aún más la cabeza al cuaderno para no tenerla en el campo de visión.

Se levantó y se puso detrás de mí, apoyando las manos en el respaldo de la silla.

—Es cuarenta y dos —dijo con tan solo un vistazo a la multiplicación que me tenía pensando desde hacía rato. Apreté el portaminas con fuerza. Era tan lista y yo tan... Cortita... Mientras yo pasaba las tardes encerrada haciendo los deberes, ella tenía tiempo para el vóley, para salir, para ver la tele, ... Aun así, yo raspaba el aprobado y era ella la que sacaba los sobresalientes.

—¿Y si te ayudo y pasamos lo que quede de tarde juntas?

Apreté el portaminas, esta vez con intención de romperlo. Siempre tan servicial, siempre tan buena. ¡Joder! eso lo empeoraba todo, ¡todo! ¿Por qué no podía ser el odio mutuo? Así mi animadversión y celos estarían justificados.

—Venga —Se puso a mi lado— deja que te...

Cuando tiró de mi cuaderno, reaccioné como cuando a una gata intentan quitarle uno de sus bebes. El cuaderno cayó. Estrella chilló.

—¿Qué haces, tía? —Se había alejado varios pasos y se miraba la mano.

Yo sujetaba el portaminas como un puñal. Respiraba con fuerza, acalorada.

—¿Qué mosca te ha picado? —Su voz se había vuelto aguda y sus ojos vidriosos. Se apretó el punto negro que le había hecho— Tía, me has dejado la mina dentro...

La luna que quería ser estrella

¡Jódete!

—¿Qué pasa? —dijo Mama desde la puerta.

Estrella no se volvió. Tragó saliva y contuvo las lágrimas antes de responder.

—Nada, solo jugábamos —dijo mientras se iba aparentando normalidad.

—¿Cómo va la tarea? ¿Ya hiciste las de inglés? —Me quedé embobada por lo menos dos segundos en la punta del portaminas— ¿Luna?

Parpadeé un par de veces y miré a mi madre.

—Sí, ya estoy con mates.

Me volví a quedar sola, bueno, sola yo, me acompañaba la frustración. Podía haberse chivado, pero no, Estrella no era así, nunca me delataba, incluso a veces me encubría, lo que hacía que me sintiera como una mierda. Ya lo has conseguido de nuevo hermanita. ¿Por qué simplemente no me dejas en paz? Ojalá no estuvieras, ojalá no volvieras nunca de ese maldito campeonato.

Y como si hubiera un genio en mi portaminas, el deseo se cumplió. Al día siguiente, justo cuando estaba en el cine esperando que cerdo de Marcos me metiera mano; el autobús, donde iba el equipo de vóley, daba una vuelta de campana al tratar de esquivar un coche averiado. Tranquilos, Julián tan solo sufrió un leve rasguño, Sara acabó con el brazo roto y hubo algunos heridos más, pero solo una fallecida. Estrella. ¿Os lo podéis creer?

En el tanatorio todos suponían que yo era la más afectada. Papa no paraba de abrazarme y, Sandra y Marta estaban super pendientes, preguntándome en todo momento si necesitaba algo. Yo negaba, fingiendo cansancio y tristeza, cuando lo que había en mi interior era júbilo, un ansia tremenda por vivir y algo más... me notaba diferente, más completa, se que suena a fantasía, pero era como si captara lo que Estrella dejaba. Inspiré hondo, percibiéndolo; mi cuerpo se llenaba a medida que el de mi hermana se apagaba, volviéndose más y más frío, más y más rígido.

Me ausenté al baño. Fente al espejo me permití sonreír durante un instante. Ya no tendría un futuro oculto tras la grandeza de mi hermana. Ya era única. Era mi momento de brillar. ¿Quién dijo que una luna no podía convertirse en estrella?